

un versificador propenso a halagar los oídos del grueso público, tan grueso como incomprensivo.

El caso de Chamizo es altamente interesante. Podemos afirmar sin temor que la tercera edición de su libro (1) es una comprobación de que también los buenos poetas pueden llegar a ser populares. Y con mayor motivo que ninguno Chamizo, que proviene del pueblo y escribe poesías para el pueblo en el lenguaje que habla el pueblo. Hace algunos años, en sus giras de recitadora, Berta Singermann dió a conocer *La Nacencia* de Chamizo y desde entonces figuró dicha poesía en lugar de primacía en sus programas. El lenguaje popular, rudamente popular, en que está escrita *La Nacencia* y toda la obra poética de Chamizo, acaso le restará lectores entre aquellos que creen que la poesía no puede expresarse en el habla del pueblo. Pero Chamizo tiene por fortuna en la expresión de sus sentires el hallazgo perfecto de la expresión brava y de la expresión de ternura; braveza y ternura populares se entiende. Pero esta misma rudeza campesina de sus poemas le presta a toda su obra un carácter de fuerza de expresión realmente sugerente y encantador. Así:

¡Qué trabajaora!
 ¡Qué guapa y qué güena!
 ¡Si paece mintira que tanto
 me quiera!

Son las expresiones de ternura de un novio serrano, y, ellas, que

(1) Ediciones de la C. I. A. P. Madrid, 1930.

no tienen ninguna novedad, encierran, sin embargo, un agradable perfume de cosa sana, rústica, incontaminada de tendencias o modalidades artísticas, que le dan una belleza inconfundible.

Hemos dicho que la fuerza de expresión puede considerarse como una de las características más marcadas de la poesía de Chamizo, si no la principal, y en efecto, la aplicación de modismos del más rudo lenguaje popular, del más sencillo, del más tierno, da como resultado una poesía ruda, sencilla y tierna, pero poesía al fin. Las descripciones de la naturaleza se hacen con el mismo procedimiento. Un momento cualquiera: la puesta de sol de *La Nacencia*:

Bruñó los recios nubarrones par-
 [dos
 la luz del sol que se agachó en un
 [cerro
 y las artas cogollas de los árboles
 d'un coló de naranjas se tiñeron.

Con estas palabras tenemos mejor y más clara y poéticamente expuesta la puesta de sol, motivo esencialmente poético según los manuales retóricos, que todos los poemas en que se siguen las reglas que para conseguir la expresión poética da la propia señora Retórica.—A. V. A.

VERSO SIMPLE, por *Rafael Jijena Sánchez*.

Es la última producción poética del momento. Un pequeño libro de 75 páginas, suficientemente bien distribuídas, para formar una obra

poética. Hay todos los trucos de la escasa producción y el deseo de publicidad: hojas y hojas en blanco, títulos en hojas especiales, dedicatorias, etc. Y la obrita misma es como su título lo indica «verso simple» (1). Pero esta simpleza ya no es una cualidad, es una candoridad, una ingenuidad tan clara y tan sosamente expuesta que linda con el infantilismo. Huir de las complejidades psicológicas y verbalistas puede ser en poesía un acierto, pero de ahí a repetir canciones de cuna o gritos infantiles hay una distancia muy grande. Puede hacerse una obra poética sencilla y pura, pero poética, mas bajo la etiqueta de la sencillez no pueden cobijarse producciones simples, ingenuas, sosas. Veamos el poema *Pueblo de Dios* (Pág. 47):

Amo este pueblo pobre
que canta y que trabaja,
que tiene cuatro calles
y unas casitas blancas.

Amo este pueblo pobre
que tiene un cielo tierno
y purísimo, como
corazón de labriego.

Amo este pueblo pobre,
que tiene unas mañanas
sonrosadas y frescas
como caras aldeanas.

Amo este pueblo pobre,
a quien Dios le regala
para alumbrar sus noches
una luna dorada.

Amo este pueblo pobre,
religioso y festivo
que parte entre sus gentes
como un pan el domingo.

(1) Ediciones de Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1930.

Si se exceptúa la imagen contenida en los dos últimos versos, de cierto sabor moderno aunque no plenamente conseguida, no se encontrará en todo el poemita trascrito una nota de verdadera poesía. Simpleza y sencillez, pero expuestas en tal forma y desarrolladas de tal modo que han perdido su calidad primeriza y en conjunto no son otra cosa que sosería y puerilidad. Acaso este sea el vocablo que con más propiedad puede caracterizar la poesía del señor Jijena: no simpleza, sino puerilidad. Y es una lástima, porque cuando el autor sale del círculo estrecho y cerrado de su tono cansadamente infantil, logra obtener poemitas con notas de justa belleza. Así la letra para cantar número 6, dedicada a Manuel Machado (Pág. 23), *Elogio* (Pág. 67). Es lo único que puede salvar la infantil producción del señor Jijena. Todos los otros poemas, cual más cual menos, han traspasado los límites del concepto de simpleza para caer de lleno en el de puerilidad.—A. V. A.

A PROPÓSITO DE *Andina*.

Señor Director:

El crítico de mi obra *Andina* parece no pertenecer a la categoría de aquellos razonadores, que, como dice Sócrates en el *Gorgias* de Platón gozan más en verse confutados cuando caen en error que en confutar los errores ajenos. El tono algo agresivo de su contestación da a conocer este lado de su carácter; razón por la cual, si la discusión con él hubiera sido